

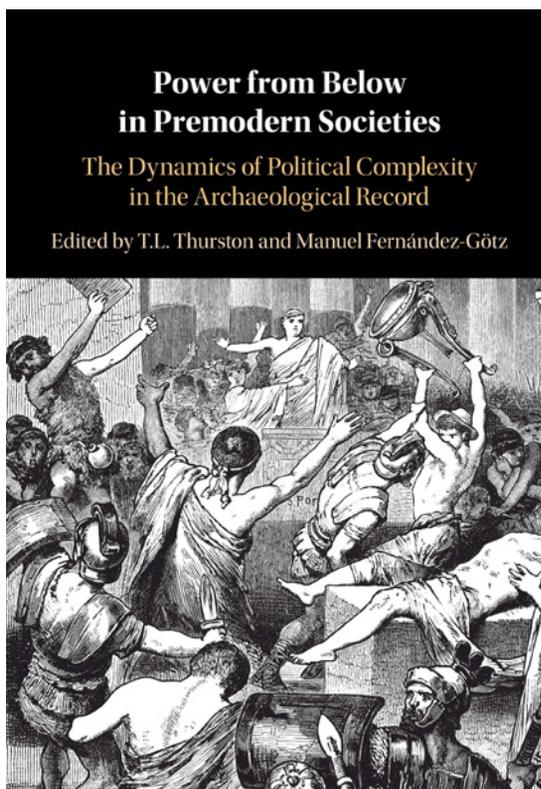
**T.L. Thurston, M. Fernández-Götz eds. (2021):
*Power from Below in Premodern Societies.
The Dynamics of Political Complexity in the
Archaeological Record.* Cambridge – Nueva York
–Melbourne, Cambridge University Press. ISBN:
978-1-316-51539-6 (XV + 320 pp. + numerosas
ilustraciones numeradas por capítulos)**

Francisco Javier González García

Departamento de Historia. Universidad de Santiago de Compostela ✉

franciscojavier.gonzalez@usc.es

<https://dx.doi.org/10.5209/cmpl.98934>



La obra reúne las contribuciones de una sesión, organizada por sus dos editores, de la reunión celebrada, en 2017, por la *Society for American Archaeology* en Vancouver (Canadá) y que, para esta versión impresa, han sido complementadas con algunos

nuevos trabajos. Cada capítulo ofrece una nueva lectura de un caso de estudio arqueológico o de una situación histórica en la que se somete a revisión la interpretación tradicional, de cada una de ellas, como manifestaciones de formas de organización jerárquicas; de ahí la referencia al “poder desde abajo” en el título de la obra. Estamos, por tanto, ante un ejemplo de cambio de perspectiva teórica, de paradigma en terminología kuhniana, derivada, en este caso, de la superación desde mediados del siglo pasado, en un proceso lento e irregular, de la tradicional hipótesis decimonónica sobre la evolución social, convertida en explicación canónica y universal gracias a su integración en la vulgata marxista de Engels; proceso presentado con detalle y brillantez por los editores del libro en su capítulo introductorio (T.L. Thurston y Manuel Fernández-Götz, “Power from Below in the Archeological Record. Trends and Trajectories”: 1-39). Las primeras aproximaciones críticas a dicho modelo y a la primacía monolítica de las formas de organización jerárquica se produjeron, ya, desde mediados del pasado siglo. Entre ellas, el ejemplo más conocido quizás lo ofrezca el desarrollo del concepto de heterarquía por Carol Crumley. Hipótesis importante para la investigación posterior, tanto en arqueología como en otras disciplinas, como bien testimonia su uso como teoría de base de algunos de los capítulos del presente libro (Moore y González-Álvarez;

Arnold; Roscoe). No sorprende, por ello, que Crumley se encargue de presentar la obra ("Preface": xiii-xiv).

El libro, retomando la idea de esa relectura desde una nueva óptica teórica, ofrece interesantes aproximaciones a casos de estudio de un amplio abanico cronológico, geográfico y cultural. Podemos organizar sus trabajos en dos bloques temáticos de desigual extensión. El primero lo forman ocho capítulos que, atendiendo a su ámbito geográfico, sea este europeo o no, se concentran en partes distintas del libro. En ellos se presentan revisiones de registros, tradicionalmente vinculados con formas de organización jerárquicas, con la finalidad de mostrar que, en realidad, podemos estar ante distintas manifestaciones de sistemas de "poder desde abajo", gobernanza compartida, sistemas heterárquicos, etc. En el segundo, formado por un par de capítulos, se analizan aspectos concretos de registros arqueológicos que se pueden interpretar como mecanismos de oposición a un poder jerárquico consolidado. La obra se completa con los dos capítulos firmados por sus editores, a modo de introducción y conclusión, y una contribución, mucho más teórica y general, de difícil inclusión en los dos grupos indicados.

Dentro del primer grupo se incluye la revisión de Bisserka Gaydarska de los grandes yacimientos del complejo prehistórico Cucuteni-Tripillia, fenómeno arqueológico que, entre 4800 y 2800 a.C. (en fechas calibradas), se desarrolló en territorios de las actuales Rumania, Moldavia y Ucrania ("Fragmenting Trypillian Megasites. A Bottom-Up Approach": 40-60). Grandes sitios que, interpretados como aldeas gigantescas y evidencias de la aparición de sociedades complejas o proto-ciudades dentro de sistemas de jefatura, no parecen haber conocido, sin embargo, un desarrollo urbano. Su tamaño, según se argumenta en el trabajo, fue mucho más limitado de lo que generalmente se supone, pues sus numerosas construcciones no conocieron una ocupación coetánea. Algunos datos interpretados como evidencias de jefaturas individuales (el incendio sistemático de determinadas viviendas, leído como marcador ritual de la muerte de un jefe), pudieron ser, en realidad, los ritos que cerraban el final del ciclo de gobierno de un grupo familiar; de tal modo que, en este caso, no estaríamos ante sistemas jerárquicos, sino ante comunidades gestionadas mediante sistemas de gobernanza compartida entre distintos grupos sociales, basados en la descendencia común, que se alternarían temporalmente en las funciones de gobierno.

Tobias L. Kienlin centra su atención en el registro de los yacimientos en *tell* de la Edad del Bronce de la llanura panónica ("Structure and Agency. On Bronze Age Tell Settlement in the Carpathian Basin": 60-89), asentamientos tradicionalmente considerados de carácter proto-urbano. Frente a las anteriores lecturas homogeneizadoras de este registro, Kienlin recupera la diversidad de situaciones y trayectorias locales de estos yacimientos; para ello centra su revisión en la región de Borsod (NE de Hungría) y en el análisis de sus tres estructuras básicas: el foso perimetral, el "tell" y el asentamiento exterior. Establece una serie de variaciones temporales y geográficas relacionadas con la historia, evolución y necesidades de cada yacimiento que le permiten explicar las diferencias entre ellos. La presencia en algunos sitios de cierta "organización urbana" no parece justificar, amparándose en el registro, el surgimiento de autoridades o jerarquías políticas. Las formas de organización social de Borsod, durante el Bronce inicial y medio, manifiestan una gran estabilidad, con comunidades que, a juzgar por su registro doméstico, no presentan grandes diferencias sociales, organizadas según principios familiares tradicionales y caracterizadas por un modo de vida en el que perduraron determinadas tradiciones neolíticas hasta la aparición, en el Bronce tardío, de los grandes yacimientos fortificados, indicios de una realidad político-social totalmente diferente.

David Fontijn ("Power Requires Others. 'Institutional Realities' and the Significance of Individual Power in Late Prehistoric Europe": 90-105) propone una relectura de las formas de organización de las comunidades europeas de las Edades del Bronce y del Hierro a partir de dos casos de estudio tomados de los Países Bajos: la alternancia entre alineaciones de túmulos y áreas de brezal y pastizal y la revisión del monumental y rico enterramiento individual de inicios de la Edad del Hierro de Oss. Una coexistencia entre necrópolis tumulares y zonas de pasto y brezos que para un amplio sector de la investigación evidenciaría la constitución de paisajes políticos jerarquizados. Fontijn, por su parte, considera que dicho paisaje nos habla sobre un entorno abierto y de colaboración entre distintas comunidades; argumentando, para ello, que el mantenimiento del pasto y el brezal precisan de acuerdos y regulaciones supralocales que fijen la actividad ganadera y pastoril. El enterramiento de Oss, como muchos otros monumentos funerarios europeos similares, fue interpretado como indicio de la aparición de formas individuales de poder (jefes guerreros, "príncipes"). La comparación entre su ajuar y

los de otros grandes túmulos próximos constata que, en todos estos casos, estamos ante depósitos funerarios incompletos, resultado de la división y distribución, durante el ritual funerario, de parte del material del ajuar entre los asistentes al sepelio. Estos enterramientos y la riqueza depositada en ellos no nos informan, por tanto, sobre el estatus del difunto, sino sobre su relación con quienes lo sepultaron; nos hablan, así pues, sobre el poder del grupo al que pertenecía el individuo allí enterrado y no sobre su poder personal.

Las sociedades de inicios de Edad del Hierro de Europa centro-occidental estarían controladas, según la hipótesis más extendida, por una élite social. Bettina Arnold ("And Make Some Other Man Our King. Labile Elite Power Structures in Early Iron Age Europe": 106-124) sostiene, en cambio, la posible existencia de sistemas colectivos de gobierno, liderazgos tipo *primus inter pares*, identificables en noticias antiguas y documentos e instituciones medievales cuya finalidad era prevenir los abusos de poder y evitar su concentración e institucionalización en un individuo o un linaje. Como apoyo de su hipótesis, Arnold revisa el registro arqueológico de Heuneburg y su entorno. La similitud entre los objetos de valor presentes en ajuares funerarios y en depósitos votivos da pie a plantear la posibilidad de que estemos ante dos procedimientos complementarios de comunicación con el más allá. En su opinión, la existencia de enterramientos centrales y secundarios en el registro funerario no implica necesariamente que los primeros tengan que ser la sepultura del gobernante o el líder del grupo, pudiendo tratarse del mensajero enviado por esa comunidad al mundo de los muertos. Una relectura que alcanza a otros elementos materiales, tradicionales marcadores de desigualdad y dependencia social, como las diferencias de riqueza entre ajuares de enterramientos principales y secundarios, menos acusadas de lo generalmente afirmado, los conjuntos de banquete, etc. El registro habitacional, carente de claras estructuras palaciegas, también manifiesta más interés por las construcciones comunitarias, como, por ejemplo, la muralla de Heuneburg IV. En la construcción de esta fortificación participó mano de obra procedente de otras comunidades vinculadas social o económicamente con Heuneburg y se utilizaron materiales constructivos procedentes de sus distintos lugares de procedencia; hecho que convierte a la muralla en un símbolo de identidad comunal. Un énfasis por las formas de manifestación de una identidad comunal que Arnold interpreta como indicio de una forma de organización estatal colectiva.

Tom Moore y David González-Álvarez ("Societies against the Chief? Re-examining the Value of 'Heterarchy' as a Concept for Studying European Iron Age Societies": 125-156) defienden la utilidad del concepto de heterarquía para describir el funcionamiento de las sociedades europeas de la Edad del Hierro a través de una revisión y un análisis comparativo de los registros de Gran Bretaña meridional y el Noroeste de la Península Ibérica entre el siglo IV a. C y la primera mitad del siglo I d.C. Según dicho análisis, todos los indicios interpretados como pruebas del surgimiento, desde inicios del siglo I a. C., de sistemas jerárquicos ("realezas", estados tribales) en la Gran Bretaña meridional (*oppida*, enterramientos con ricos ajuares, acuñación de moneda, etc.) se pueden interpretar, si se analizan desde esta nueva aproximación, como indicios de la existencia de sistemas heterárquicos. En el caso del noroeste de la Península Ibérica se plantea la posible coexistencia, también desde una perspectiva heterárquica, de los distintos modelos que, desde principios del presente siglo, reemplazaron a los antiguos modelos monolíticos (sociedades guerreras de tipo céltico y sociedades campesinas marxistas clásicas o sociedades segmentarias agrarias) como medio para explicar el registro de la región. Estos distintos modelos (sociedades heroicas, sociedades de casa y comunidades rurales profundas) darían cuenta de las diferentes situaciones que, en las distintas áreas, conocieron los pequeños castros heterárquicos del primer Hierro, desde su caracterización inicial como sociedades campesinas tradicionales hasta la aparición de liderazgos tras la conquista romana.

Gary M. Feinman, Richard E. Blanton y Linda M. Nicholas ("The Emergence of Monte Albán. A Social Innovation That Lasted a Millennium": 220-246) nos trasladan al Nuevo Mundo para revisar el surgimiento, hacia el 500 a.C., del asentamiento en altura de Monte Albán, en el centro del valle de Oaxaca. Una nueva aproximación teórica les permite analizar este proceso, considerado tradicionalmente como consecuencia directa de la acción de las élites, como el resultado de una colaboración y negociación, entre los grupos de poder y amplios sectores de la población, que supuso el establecimiento de una exitosa forma colectiva de gobernanza que pervivió más de un milenio. Antes de Monte Albán, una élite política, militar, religiosa y económica controlaba, desde los distintos centros regionales, las tres áreas del valle de Oaxaca. Una serie de redes, basadas en el parentesco u otros mecanismos, conectaban intra e

intercomunitariamente a los distintos grupos del valle. Además de estos medios pacíficos de relación, la guerra también desempeñó un importante papel en esta etapa. El proceso de construcción y creación de Monte Albán supuso un alto grado de cooperación y coordinación (labores de desmonte, construcciones públicas, organización interna). Una cooperación derivada en gran medida de necesidades defensivas: la inseguridad, fruto de la actividad bélica, habría demandado un hábitat protegido en altura que favoreció la llegada de nueva población, el crecimiento del asentamiento y la creación de nuevas instituciones políticas y económicas. La coerción, por tanto, no debió de ser importante en este proceso y sí, en cambio, la implicación de toda la población que acabó originando una forma colectiva de gobierno con bajos niveles de desigualdad en riqueza. Una cooperación y acción colectiva reforzada gracias a una ideología universalista, una religión basada en la fertilidad y la renovación que tenía como principal protagonista a Cocijo, personaje sobrenatural estrechamente vinculado con Oaxaca que reemplazó a los principales símbolos religiosos del período anterior.

Lewis Borck y Jeffery J. Clark ("Dispersing Power. The Contentious, Egalitarian Politics of the Salado Phenomenon in the Hohokam Region of the U.S. Southwest": 247-271) analizan los ritmos y lógicas de la difusión del movimiento social y religioso del Salado por el Gran Suroeste de los Estados Unidos durante el Período Indígena Tardío (1200 y 1450, aproximadamente). En su opinión, determinadas situaciones documentadas en esta región, interpretadas como colapsos de sistemas sociales, pudieron ser en realidad acciones llevadas a cabo por distintos grupos humanos para provocar un cambio. Este sería el caso concreto del Salado, cuya difusión supuso el fin de la centralización del poder por parte de las élites regionales manifestada a través de la aparición de montículos de plataforma durante el periodo Clásico Hohokam (1100/1200-1450 a.C.). En esta época también se produjo la llegada de importantes contingentes de población septentrional, principalmente *kayenta*, al área Hohokam, provocando el desarrollo y la rápida dispersión de una nueva ideología igualitaria (el Culto Regional del Suroeste), asociada con la cultura material Salado. Este movimiento, pese a su origen en prácticas y creencias *kayenta*, ya no se considera como una creación ajena a la cultura Hohokam, sino como la consecuencia directa de la interacción y el contacto cultural, variable según las regiones, entre las poblaciones foránea y local. Esta práctica religiosa alivió

tensiones entre ambos grupos de población, llegando a alcanzar amplia difusión, pese a que no llegó a ser adoptada por todas las comunidades del sudoeste. El estudio geocronológico de Borck y Clark permite establecer la relación existente entre la difusión o el rechazo, según las distintas zonas, del Salado y la marginación y privación de derechos de los diferentes grupos Hohokam: frente a una mayor resistencia en áreas de pervivencia de la tradición Hohokam o entre grupos con ideologías igualitarias propias, la difusión, en cambio, habría sido rápida en aquellos colectivos de reciente integración dentro de estructuras jerárquicas.

Paul Roscoe ("The Perplexing Heterarchical Complexity of New Guinea Fischer-Forager Politics at Contact": 272-294) cierra este primer grupo. Su análisis de tres comunidades de pescadores-recolectores de Nueva Guinea (el complejo de aldeas Keenok Asmat de Sawa-Erma, el pueblo de Nubai y la aldea de Ukiravi) permite delimitar la operatividad de los sistemas heterárquicos en comunidades de gran tamaño, establecer su funcionamiento en la política cotidiana y conocer los mecanismos que, en ausencia de control jerárquico, garantizan su conservación. En estas tres aglomeraciones, las más grandes y complejas de la isla probablemente, convivían formas de organización jerárquicas, a nivel subpolítico, y heterárquicas, a nivel político: los liderazgos, basados fundamentalmente en las capacidades bélicas, solo existían dentro de las subdivisiones menores, mientras que, en la aldea, los asuntos comunitarios se discutían en un consejo de iguales formado por los líderes en representación de sus respectivas agrupaciones. La mayoría de las comunidades políticas de Nueva Guinea se consideraban unidades bélicas; la guerra, así pues, desempeñó un papel muy importante en el mantenimiento de la unidad de estos grupos. Los riesgos a que se enfrenta todo sistema político configurado como unidad de autodefensa son, fundamentalmente, dos: evitar la defección de miembros y mantener, en caso de conflictos de intereses, la colaboración entre sus componentes. Son problemas fáciles de solucionar cuando existen liderazgos, como en las subdivisiones, pero irresolubles a nivel de aldea. La solución, en este caso, pasó por la sustitución de los enfrentamientos armados reales por exhibiciones de amenaza o pruebas de fuerza que permitían establecer los posibles vencedores en caso de guerra real. Otro recurso no violento de exhibición de potencial bélico fue la celebración de luchas simbólicas ceremoniales, demostraciones públicas que adoptaron

diversas formas: distribuciones de comida en banquetes o matanzas de cerdos, intercambios de riqueza, grandes y espectaculares representaciones de danza, canto o música o la construcción de grandes edificios.

Entre ambos grupos de trabajos se sitúa el análisis cuantitativo y transcultural desarrollado por Lane F. Fargher y Richard E. Blanton ("Peasants, Agricultural Intensification and Collective Action in Pre-modern States": 157-174). Los autores, usando documentación arqueológica, etnográfica e histórica de treinta estados premodernos de Asia, África, Europa y América, buscan establecer la relación entre el poder colectivo de los asentamientos rurales y aquellas estructuras políticas de mayor tamaño en que estos se integran. Se pretenden determinar, así, las diversas formas de cooperación y aprovisionamiento de bienes públicos en distintos contextos geo-culturales, articulando una aproximación teórica que permita comprender y explicar la complejidad institucional de los entornos rurales. El trabajo, entre otras cuestiones, analiza el papel de las instituciones e infraestructuras en la cooperación y la acción colectiva dentro de esos distintos entornos rurales, las formas de organización y funcionamiento de la sociedad rural, los problemas de cooperación relacionados con la recaudación de impuestos, la provisión de bienes públicos y la gestión de recursos comunes; se presta atención, en todo momento, a las diferencias de complejidad institucional e infraestructura social que existen entre los distintos casos analizados, en función de las diversas estrategias colectivas desarrolladas por las autoridades políticas centrales, las poblaciones locales o ambas. Un análisis que tiene como principal resultado el establecimiento de un patrón transcultural que reconoce un destacado papel a la colectividad dentro del desarrollo de la complejidad institucional rural.

El capítulo de Christopher J. Foster ("The Spread of Scribal Literacy in Han China. All along the Watchtowers": 175-201) abre el segundo grupo de trabajos. Las tablillas de madera con escritura descubiertas durante la excavación de la torre de vigilancia de Yumen Huahai, una instalación de la red militar de la frontera noroccidental de China durante la dinastía Han (206 a.C.- 220 d.C.), ofrecen copias de textos, ejercicios de práctica de la escritura realizados por individuos iletrados, de un manual de instrucción básica de la burocracia imperial Han (el *Cang Jie Pian*). Este material documenta la difusión de la escritura, durante los años 74 a. C. y 23 d. C., entre los niveles inferiores del ejército Han, aquellos formados por soldados de leva de origen

campesino. Se trata de un descubrimiento excepcional y sorprendente porque la escritura y la lectura, elementos fundamentales para la construcción, mantenimiento y administración burocrática del vasto imperio territorial de la China Han, fueron conocimientos de élite cuyo aprendizaje limitó la legislación imperial a determinados grupos de poder, convirtiéndose así en un privilegio transmitido de generación en generación. La documentación de Yumen Huahai permite conocer un caso de difusión de dichas técnicas entre grupos ajenos a la élite, establecer su forma de transmisión y evaluar su impacto. Es muy probable que, en este caso, algunos oficiales, individuos letrados, actuasen en sus respectivos destacamentos como maestros del resto o de una parte de la guarnición militar; quizás porque estas torres de vigilancia también desempeñaban, entre muchas otras, la función de postas de correo. Estamos, por tanto, ante una vía de acceso al conocimiento de la escritura y de la lectura ajena al sistema educativo establecido y controlado a través de la legislación imperial y que, por ello, se puede considerar como un mecanismo de oposición al poder estatal.

Carlos Tejerizo-García y Álvaro Carvajal Castro ("Confronting Leviathan. Some Remarks on Resistance to the State in Precapitalist Societies: The Case of Early Medieval Northern Iberia": 202-219) cierran este segundo grupo con un estudio de dos casos tomados del registro altomedieval del noroeste de la Península Ibérica (la aparición y evolución temporal de los silos y la construcción de iglesias en entornos rurales) que, en su opinión, dan cuenta del enfrentamiento entre élites y grupos subalternos y de las estrategias de resistencia de estos últimos. Desde el siglo V, los silos, hoyos para almacenamiento agrícola excavados en el suelo, fueron el principal medio de acumulación, gestión autónoma y control de la producción agrícola de las comunidades campesinas europeas. Las dos fases de ocupación de la pequeña explotación agrícola de Canto Blanco permiten constatar, entre el siglo VI y los siglos VIII o IX, un incremento considerable de la capacidad de ensilado que supone el paso del limitado almacenamiento doméstico de la primera etapa al desarrollo, en la segunda, de una mayor acumulación derivada de la necesidad de hacer frente a las rentas demandadas por el poder regional, en este caso el monasterio de Sahagún (León). Los silos se habrían configurado, así, como un "campo de lucha" entre comunidades rurales y poder regional que, sin dejar de ser una creación propia de la cultura campesina, sirvieron con el

paso del tiempo para dar respuesta a las exigencias de las élites. En el segundo ejemplo se analiza la edificación, ya avanzado el siglo VII, de iglesias en entornos rurales, una de las principales manifestaciones del importante peso desempeñado por la Iglesia y la religión cristiana en el proyecto hegemónico y la ideología del poder que caracterizó a los reinos altomedievales del norte peninsular. Una actividad constructiva que, como consecuencia de la rareza y anomalía que implica la presencia de iglesias en entornos rurales formados por granjas y caseríos, siempre se ha explicado desde la perspectiva de las élites, consideradas sus grandes promotoras. Los autores, sin embargo, interpretan esta situación como un nuevo “campo de lucha” que enfrentó a los intereses de las élites con el rechazo de la población local ante un elemento ajeno a sus prácticas culturales y que, además, era parte del proyecto hegemónico de los grupos de poder. Una situación que, una vez impuesto dicho proyecto, supuso la integración de las iglesias en los paisajes rurales.

Thurston y Fernández-Götz firman, como cierre y conclusión del libro, un segundo capítulo (“Restoring Order. Thoughts on the Past and Future of a Politically and Socially Conscious Archeology”: 295-314) En él se revisan, recurriendo a un enfoque interdisciplinar, posibles orientaciones de la futura investigación sobre las formas de poder “desde abajo”. Señalan, en primer lugar, la necesidad de reorientar la investigación, desarrollando estrategias que permitan explorar el estatus, poder e influencia de los grupos sometidos y analizar sus distintas estrategias sociales, económicas o sus diferentes políticas de enfrentamiento, oposición o negociación con el poder. Para abrir nuevos caminos a la investigación arqueológica y en esa ya mencionada búsqueda de interdisciplinaridad, los autores revisan determinadas orientaciones teóricas aplicadas por otras disciplinas (etnografía, folclore, historia, geografía, sociología, psicología social, etc.) para el estudio de los grupos sometidos y sus estrategias de oposición al poder. Se ofrece, así, una breve presentación

de la geografía de las oportunidades y distintas reflexiones sobre la utilidad del concepto de sociedades acéfalas, el estudio de la naturaleza de las relaciones entre líderes y seguidores o la aproximación al estudio de la dignidad entre los pobres y los marginados.

La principal objeción que se puede hacer al libro tiene que ver con su sesgo excesivamente anglófono, situación ya señalada en el capítulo introductorio por sus editores. Llama la atención, por ello, la ausencia del clásico en lengua inglesa de Edmund Leach sobre los *kachin*, obra pionera por su aproximación al análisis de las relaciones entre sistemas jerárquicos y no jerárquicos. Las contribuciones del libro prescinden, por tanto, de orientaciones teóricas desarrolladas en otras tradiciones investigadoras; entre ellas, destaca la ausencia del rico pensamiento antropológico francés sobre esta temática. Algunos capítulos quizás se podrían haber beneficiado de la lectura de determinados autores franceses como, por citar un par de ejemplos, Godelier y su redefinición del concepto marxista de infraestructura o los estudios de Testart sobre las formas de sometimiento voluntario o el origen de la desigualdad. Solo Pierre Clastres, autor convertido a estas alturas en mención obligada y casi tópica, queda al margen de esta situación; aun así, sorprende su ausencia en la argumentación de Roscoe sobre la guerra como mecanismo de creación y generación de identidad y solidaridad grupal.

Esta objeción no merma, sin embargo, la importancia e interés de la obra; trabajo de mucha utilidad para especialistas de disciplinas interesadas en el estudio de las formas de organización social. Todos sus capítulos evidencian un magnífico conocimiento teórico y ofrecen excelente información documental; destacando, quizás, las aportaciones de Fargher y Blanton, por su sistematización del papel de las comunidades campesinas dentro de las organizaciones estatales, y Roscoe, por su aproximación a la cotidianidad y las formas de conservación y reproducción de los sistemas heterárquicos.